

Prólogo

El hombre y la mujer sienten los mismos sentimientos, pero en ritmos diferentes: es por eso que nunca pueden ponerse de acuerdo afectivamente.

Friedrich Nietzsche en “Genealogía de la Moral”

Mira, fíjate lo que dice mi maestro Bruce Lee sobre el amor:

“Lo que verdaderamente importa es no pensar ni en el éxito ni en el fracaso. Desde el instante en el cual emprendemos el viaje, no buscamos ningún resultado sino que hacemos lo que hacemos porque amamos hacer lo que amamos, y el amor no tiene recompensa ni castigo.”

Yo tampoco entendí muy bien lo que acabas de leer, y me decía “¿cómo no voy a desear el éxito en nada?”.

Es imposible que no deseemos triunfar en algún proyecto, del tipo que sea: amoroso, laboral, académico, económico... hay que ser idiota para comenzar un negocio creyendo que no resultará.

Incontables madrugadas me las pasé fumando y meditando sobre aquello de “el deseo”, y pensaba en el deseo mirando a las diferentes chicas que fueron durmiendo

en mi cama; fumaba y miraba su silueta dibujada bajo la sábana blanca y la oscura noche y el aroma del incienso nos envolvía pues siempre había una varita de incienso encendida, y me fumaba los cigarros y las mariquanas y miraba la perfecta silueta de la nena dibujada bajo la sábana blanca, mientras yo pensaba en eso de que no debía importarme el ganar o perder...

Aquello de no desear ganar ni perder se transformó en un obsesivo pensamiento que revolvía y revolvía mi cabeza y se metía en mis sueños, y tanto se metía en

mis sueños que transformaba mis sueños en pesadillas y no me dejaba tranquilo; pensaba y trataba de dejar de pensar en eso pero pensaba igual e incluso andaba con insomnio por aquel asunto hasta que una mañana, mientras me duchaba, lo comprendí:

“Yo sé que ella en el fondo de su corazón me ama, aunque me trate mal y se meta con otros tipos a cada rato y lo haga frente a mí, yo sé que está confundida porque ella me ama y sé que volveremos a estar juntos”.

Más de alguna vez me sucedió lo que acabas de leer, eso o algo parecido, y demás que a ti también te ha ocurrido o has visto o escuchado que a alguien le pasó lo mismo, ¿cierto?

Mientras terminaba de ducharme, comprendí también que “el deseo” de estar seguros en una u otra forma es tan pero tan poderoso en nuestra existencia, que la mente se ajustará a cualquier idea con tal de mantenernos en aquella seguridad, aunque dicha idea sea una mentira evidente para todos.

Y nos mentimos pues mintiéndonos permanecemos en la seguridad de lo que ya conocemos, sumergidas quizá en esa rutina de mierda a la cual nos acostumbramos, y tanto nos habituamos a mendigar cariño que ya no nos molestan las migajas y cualquier cambio en esa rutina nefasta, nos aterra: “mejor diablo conocido que diablo por conocer”, dicen por ahí...

¡Tanto necesitamos la seguridad! Y la ansiamos tan ardientemente, tanto, que incluso siendo esa seguridad infinitamente triste la buscamos de todos modos, pues nos hace sentir un poquito de consuelo: el rancio y miserable consuelo de la autolástima.

Pero lo más, lo más penca de todo es que para más recachas, tal seguridad no existe: ¿tienes acaso la seguridad de que en este momento, tu novia o tu esposa, o tu marido o tu amante o tu polola no desea tener sexo con otra persona, hombre o mujer, o con varios hombres o varias mujeres, al mismo tiempo (sin que te invitén)?

**¿Tienes acaso la seguridad DE QUE NO
MORIRÁS EN LOS PRÓXIMOS CINCO
MINUTOS?**

Complejas las preguntitas...

¿Viste? Si la piensas bien, ni tú ni yo tenemos esa seguridad: nadie tiene seguridad de nada, excepto de que algún día, casi todos, tienen que morir.

Esa mañana en la cual comprendí todo mientras me duchaba, mirándome al espejo al terminar de afeitarme, dije: “es imposible estar en paz si se tiene cualquier clase de deseo, cualquier esperanza de algún estado futuro”.

Pensemos por ejemplo en un proyecto, en uno cualquiera, de cualquier ámbito, a ver, por ejemplo en uno del tipo amoroso: luchamos por conquistar la atención de la chica o del tipo, andamos luciéndonos y sonrisitas para acá y miraditas para allá pero terminamos aburriéndonos de la indiferencia y miramos para otro lado y nos ignoran y para el otro pero no nos pescan y para el otro y el otro y el otro hasta que por fin, después de tanto tiempo y dinero invertido, al fin, nos resulta el sistema. Y nos va superbién al principio, pero después nos va mucho mejor.

Y compartimos nuestros días y noches con aquella persona, y nos gusta verla y ansiamos tocarla y que nos bese y que se hunda nuestro cuerpo en su Alma; y la seguimos pasando rebién follando todos los días todo el día, y somos felices como nunca antes porque nuestro amor durará para siempre y le decimos a todo el mundo que nuestro amor durará para siempre y pedimos pololeo y luego noviazgo y nos casamos y así todo súper feliz hasta que un día...

... o una noche...

¡Sacatá!

Nos aburrimos de tener sexo ÚNICAMENTE con esa persona. Y ahí empiezan los verdaderos ataos.

Los problemas del macho empiezan antes, eso sí; de hecho, muchos tipos que cargan en sus brazos a su guagüita recién nacida andan mirando a otras chicas, y les hacen ojitos incluso caminando junto a la hembra madre del bebé.

Por el asunto del embarazo y todo el tema ése de la lactancia, las minas tienden a ser más fieles, pero igual la hacen, o intentan hacerla o no pueden más que desear hacerla.

Pero igual la hacen, todos la hacemos y andamos como loc@s follando o queriendo copular.

¿Ya, y el amor romántico no existe acaso?

Sí, claro que existe, pero está revuelto con weás súper fomes: “¡Eres mío o no eres de nadie!”, “¡Sin su amor, jamás voy a estar completa!”, “Hace meses que no puedo dormir porque creo que me engaña”, “¡Oye, esa mina no es tu mamá pa' que te ande haciendo la cama!”, “Mató a su pareja en un arranque de celos”...

En el fondo, el tal “amor romántico” no es más que la presión cultural por la monogamia, y el único, EL ÚNICO MAMÍFERO QUE PRETENDE SER MONÓGAMO, es la especie humana.

¡¡¿Hay como 16 mil millones de seres por conocer, y te vas a quedar **PARA SIEMPRE** con esa misma persona?!!

(— ¡Es que eso es el verdadero amor!
— ¡Por supuesto! Pero, ¿tú elegiste, o te eligieron a ti?)

Mira, piénsalo: el compromiso.

La “monogamia” en el ser humano, que es un animal que habla, implica palabras que comprometen el futuro de nuestras decisiones, y al efectuar esas promesas automáticamente estamos mintiendo pues no conocemos lo que el futuro nos depara, y en el preciso instante en el cual escuchamos esas declaraciones de amor eterno, aparece el miedo a perder aquel compromiso de eterno amor.

Ese miedo, ese temor, es llamado “los celos”.

Los celos significan ver a la otra persona como una cosa que nos pertenece, y al ser “dueñas” de ese ser vivo le exigimos exclusividad, y deseamos que se haga lo que nosotras queremos y que el tipo o la mina esté 24/7 pendiente de uno pero cuando te toca a ti ser una cosa que le pertenece a otra persona...

Mmmmh, bueno, ahí ya no es tan divertido el pololeo, el noviazgo o el matrimonio.

Y comienzan entonces las mentiras, mentiras incluso en casos extremos como por ejemplo para evitar que tu pareja sepa que te masturbaste denanante (¡y pensando en tu pololo, más encima!) porque tu pareja dura dos minutos y fin, o que ayer fuiste a jugar a la pelota, o que anoche saliste con tu mejor amiga, ésa a la cual no veías desde hacía dos años...

Pura mierda, hermano...

¿Oye, y cachay eso que dicen que sólo sabes lo que tienes, cuando lo pierdes?

Siguiendo con el ejemplo del proyecto amoroso, acuérdate de cuando interactuaste con alguien por vez primera: no se conocían y ni tan siquiera se imaginaron pero luego se conocieron y se cayeron bien o mal y casi sin darse cuenta se vieron viviendo muchas vivencias felices y eran dichos@s como jamás lo imaginaron; sin embargo, quizá en algún momento y por un motivo pequeño o uno enorme, todo se perdió. Quedamos pal' pico, nos sentimos ultramegahipertristes y lloramos a moco tendido.

Es imprescindible entonces que pase un tiempo para asimilar toda aquella tan terrible pérdida: es necesario haber aprendido una infinidad de cosas para ver la real importancia de la persona o de la situación que perdimos, persona o situación a la cual estábamos tan acostumbrados así como durante algún rato en algún día de tu vida te acostumbraste a esa piedrita molesta en la zapatilla que no quisiste sacar y que al rato, olvidaste que estaba allí.

Bueno, igual no quedamos pegadas solamente con los tipos que nos abandonaron, también nos caga la onda tener que trabajar en algo que odiamos, trabajo al cual llegamos de rebote porque en la otra pega, esa que nos gustaba tanto, nos mandamos algún cagazo...

Y mientras estamos resacosas haciendo como que escuchamos al jefe nuevo dándonos la lata por haber llegado otro lunes tarde, mientras ese weón que no conocemos ni nos interesa conocer está retándonos en el mismo instante en el cual morimos de sed y alucinamos un agua mineral heladita al seco, o el jefe nuevo nos webea mientras nos caemos de sueño o estamos ultra motivadas y queremos puro seguir vasilando, mientras todo eso ocurre EN LA REALIDAD, en tu imaginación, recuerdas lo bien que estabas en la otra peguita...

Puta la weá... llegábamos tarde y nos íbamos temprano y nadie te decía nada; el dueño no estaba pendiente de otra cosa más que de jalar y de comerse cabrachicas, y dejaba como encargado a un hijo que era medio rastafari y que estaba todo el día volao; si te cachaban sacando la vuelta les daba lo mismo; hacían asados a cada rato y se ponían con todo y si uno se emborrachaba no les importaba.

Además, trabajabas la mitad que ahora y te pagaban el doble pero lo mejor, lo mejor de todo era que el fakin laburo te quedaba tan cerca de tu hogar que no gastabas plata en micro porque llegabas al trabajo caminando, así que podías almorzar en tu casa y dormir una siestita...

¡Tan buena la peguita y yo el muy sacowéa me tenía que comer a la mina del rasta!

“Disculpe jefe, no se volverá a repetir”, le dijiste al papá del rasta, pero te dieron la patá en la raja igual.

“Disculpe jefe, no se volverá a repetir”, le dices ahora al jefe nuevo, tirándole el tremendo dragón de vino tinto a la cara...

Cuando nos pasan esas mierdas, eso del tipo que te dejó o la pega que por weón perdiste, cuando nos ocurre eso, lo único que podemos hacer para no andar angustiados es no pensar en aquello que perdimos.

Y para no pensar, no existe otra cosa más que NO RECORDAR: si recuerdas, traes al presente cosas del pasado QUE YA NO EXISTEN, porque los recuerdos son ilusiones. Entonces, si los pensamientos nacen de los recuerdos y los recuerdos son ilusiones, los pensamientos también son ilusiones... Obvio que a través del pensamiento también nos proyectamos pero si la piensas bien, esas proyecciones, por más que deseas que se hagan realidad y estén las probabilidades para hacerlas realidad, no dejan de ser ilusiones...

Es necesario entonces tener una visión a mediano plazo al menos para estar en condiciones de trabajar por un futuro que sea posible, pero siempre conscientes de que el futuro no existe y como no existe, no lo podemos conocer.

Ojo ahí: nadie está diciendo que no haya que pensar en los días venideros. Mira, con estos dos ejemplos me explicaré mejor:

“Soy chileno, tengo 36 años y no terminé el octavo básico y no hablo inglés, pero estoy seguro que el próximo año seré un famoso diseñador de rascacielos, y estoy seguro que así será pues lo deseo con todas mis fuerzas”.

Otro ejemplo:

“Tengo 45 años. Mido 1.60 y peso noventa kilos; mi cara está llena de acné y tengo tres hijos de diferentes papás, y esos tres weones están en cana y aunque no hablo inglés ni terminé la escuela, tengo la absoluta certeza que antes de navidad estaré desfilando en las pasarelas de Europa, pues me convertiré en una top model ya que lo anhelo con todo mi ser”.

No weí poh loco...

Eso no es tener las cosas claras respecto a lo que deseamos lograr, eso es alucinar y hablar pura mierda producto de tanto autoengaño: esa volá se llama “optimismo ingenuo”

“¡Ahh! ¿Y por qué no podría alcanzar mis sueños?”, dicen algunos:

“Los Hermanos de La Luz siempre te guían y protegen desde los planos elevados, y además el libro “El Secreto” me enseñó que cuando quieres ardientemente alcanzar una meta, y decretas que la alcanzarás, por imposible que sea esta meta, todas las energías del Universo se alinearán para que logres lo que tan fervientemente anhelas”, dicen esas gentes.

¡Ya pues, comadre, estamos hablando en serio!

Yo los únicos “Hermanos de La Luz” que conozco son los culiaos que me vienen a cortar la luz mes por medio, y además déjame decirte que al Universo **LE IMPOPORTA UN KILO DE SHET LO QUE TE PASE**, y si te toma en cuenta en algún momento, ten la seguridad que será **PARA CONVERTIRSE EN TU ENEMIGO Y CAGARTE LA PUTA EXISTENCIA.**

(Aunque quizá, al menos de esa manera,
LUCHANDO CONTRA TODO EL
UNIVERSO, harás estallar la hermosa
energía que te espera ahí, dentro tuyo, en
lo más profundo de tu Alma)

Mira, si apartas la mirada de tu celu unos instantes y piensas en lo que llevas leído del Prólogo, comprenderás que hasta el momento, todas mis palabras son sensatas.

Ya, ok. Es verdad lo que has leído; sin embargo, a pesar de todo lo cierto que pueden ser mis palabras y reflexiones, uno igual siempre está recordando y pensando en el futuro y aún sabiendo que nadie conoce el futuro, seguimos ilusionándonos a cada instante buscando seguridad donde no la hay, y deseando triunfar a toda costa y a cualquier precio.

Prólogo Segundo

*Los poetas no se avergüenzan de sus
vivencias: las explotan.*

Friedrich Nietzsche en “Más allá del bien y del mal”

Por aquel lejano tiempo en el cual escribí mi primera novela (y por eso esta se llama “Segunda Novela”), la vida de placeres y relajo, viajes y minas ricas y ricas comidas, se me acabó: necesitaría muchísimo tiempo para terminar mi primer libro, por lo cual decidí renunciar a mi empleo profesional.

Llevaba cerca de quince años estudiando en profundidad el arte de la escritura, y fui practicando y escribiendo y leyendo sobre la narrativa y también creando miles de relatos cortos sin sentido, cuentos y microcuentos muy fomes, un par de novelas malas que no terminé e infinidad de cartas de amor y poemas que las minas a quienes se los envié, jamás leyeron.

Pero de los miles de bodrios que escribí, ocho se salvaron, y fueron esos los que podría fusionar para hacerlos coherentes en un argumento que entrelazara aquellos ocho textos -que no tenían nada que ver el uno con el otro-, y para ello se me ocurrió insertar un personaje en común en las ocho narraciones: luego de tantos años de práctica, ya estaba listo para enfocarme en la novela que me llevaría al estrellato.

Como te dije, había renunciado a mi trabajo profesional. Con el dinero que durante meses ahorré, y escribiendo todos los días todo el día, más o menos en seis meses -según yo terminaría mi obra; luego, se la entregaría a algunos famosillos quienes la leerían y me apoyarían con un par de líneas en la contratapa, líneas que expresarían lo mucho que les gustó el libro y que al mismo tiempo, servirían de recomendación para que todo el mundo se animara a leer mi primera novela.

A continuación, y con el respaldo de los comentarios de aquellos famosos, presentaría mi novela a las más importantes casas editoriales de renombre internacional. Y me harían entonces ofertas que yo rechazaría, y ofrecerían más dinero y yo me negaría y pediría más plata y más plata me ofrecerían peleándose por mi obra, pero yo me haría de rogar y de rogar y de rogar hasta que al fin, vendería los derechos al mejor postor.

Todo el proceso desde que cerré tras de mí la puerta del empleo profesional que acababa de dejar y hasta que firmara mi primer contrato literario -según yo-, tomaría aproximadamente un año.

Sería un famoso escritor y todo el mundo leería mi novela en distinto idiomas, harían una película de ella y yo escribiría para distintos diarios y revistas y me entrevistarían a cada rato y yo cobraría por cada palabra mía escrita o dicha y tendría dinero a manos llenas y entonces, al fin, viviría la vida que soñé: viajar por el mundo junto a mi perrita Guau y a mi gatita Ñau: lo conoceríamos completito.

El plan era perfecto, estaba la raja: sólo faltaba realizarlo.

Feliz y lleno de energía, me puse manos a la obra.

Pero todo salió mal.

En el empleo al cual renuncié me pagaban casi un millón de pesos mensuales, así que antes de comenzar a trabajar para ser un famoso escritor me había preocupado de ahorrar su buen resto de dinero, pero la plata se me acabó muchísimo más rápido de lo que yo había calculado... y para tener todo el tiempo libre para seguir escribiendo, no me quedó otra que ir vendiendo poco a poco todas mis cosas -tele refrigerador lavadora bicicleta etcétera- todas excepto una pequeña radio, el notbuc y la impresora, una silla coja y la mesa en la cual escribía todos los días y todas las noches, hasta el amanecer.

Las horas, los días y las noches y las semanas y los meses pasaban y por más que escribía y escribía y revisaba y tachaba y reescribía, no finalizaba nunca la novela y ya se me estaba por acabar la plata de las cosas que vendí, así que para tener tiempo de terminar el puto libro comencé a limpiar parabrisas en los semáforos y a cantar en las micros y en el metro: ganaba tan poco que apenas si me alcanzaba para una comida al día o para dos que no hacían una, y adelgacé más de 20 kilos... pero así tenía muchísimo tiempo para escribir.

Por aquel tiempo conocí los comedores solidarios, esos que habilitan en iglesias y centros comunitarios para gente en situación de calle: alcohólicas, delincuentes de baja calaña y drogadictos se peleaban por un miserable plato de comida... y yo muchas veces tuve que pelear también... eso sí, frutas y verduras no me faltaron pues “reciclaban” lo que dejaban botado al acabar las ferias.

El problema es que no podía cocinar nada ya que también vendí la cocina y no tenía un patio en el cual hacerme un hornito artesanal o prender una fogatita...

Llegué a verme como un puto pordiosero pues las pocas platas se me iban en la comida de la Ñau y de la Guau, en dos cervezas de litro y tres cigarros al día y en las tintas y resmas de hojas que necesitaba para imprimir y corregir mi primera novela (es imprescindible revisar los textos en papel: existen asuntos cerebrales que impiden notar errores en los escritos que lees en el computador o en el celu).

Aunque me deleitaba infinito escribir y sentir que pronto logaría mi sueño de ser un famoso escritor, la verdad es que mi vida era una mierda y andaba recagao de hambre todo el día.

Incontables atardeceres recogí las sobras que dejaban sobre los platos en la terraza de algún restaurant, y muchísimas veces estuve a punto, pero a punto punto de comer de los potecitos a la orilla de las casas, esos con las sobras del almuerzo para que coman los perritos y las gatitas abandonadas...

Durante ese año comprendí realmente el significado de la palabra “hambre”, de esa puta hambre que te muerde el estómago y te hace desfallecer.

Pero sabes, sentir hambre no es el problema; el problema es no tener nada para comer y saciar tu hambre, y esa maldita sensación que te hace alucinar tiene sólo un escape: dormir, porque durmiendo no sientes hambre.

Luego de un par de días sin comer empiezas a actuar errática e imbécilmente: te ríes de cosas sin sentido o hablas incoherencias, o te pones a llorar sin motivo y no recuerdas nada y a cada rato preguntas qué día y qué hora es; pasados unos días famélico, digo, ya casi no sientes ni te importa el hambre, pero llegado ese punto el dormir deja de ser una escapatoria pues sueñas que comes y al despertar...

Conchesumadre...

No hay modo de explicarlo: debes haber vivido aquello para comprender realmente lo que digo: el hambre es terrible... pero así y todo seguía siempre dándole a mi primer libro, aunque ya me había empezado a cansar de tan miserable existencia.

Viviendo casi en la precordillera, el invierno de aquel año fue aterrador para mí: sin estufa y envuelto en una frazada, las noches y amaneceres nevaban y llovían más allá de mi ventana mientras yo tecleaba, tecleaba y tecleaba y leía y releía e imprimía y leía y releía y tachaba y reescribía cada una de las páginas de mi primera novela, y ya muerto de cansancio y de hambre y de frío, al amanecer, me tiraba a dormir sobre una pequeña colchoneta con dos frazadas pues mi gran cama King de dos plazas y media, también la había vendido.

Sin amigos, sin mujeres, sin dinero, sin comida y sin esperanza y dándome cuenta que enloquecía atrapado en ese minúsculo departamento que a duras penas lograba pagar, siempre uno o dos meses atrasado y escondiéndome del tipo que me lo arrendaba, viviendo yo aquella vida, digo, no fue extraño que escribiera en hojitas de cuaderno y a la luz de alguna vela ya que mes por medio, me cortaban la electricidad por no pagarla.

Muchas veces lloré.

En esas heladas noches de invierno y mientras sentía la lluvia sobre el techo, me quedaba dormido llorando y mi único consuelo era la silenciosa compañía de mi Guau y de mi Ñau durmiendo en sus abrigadas camitas y luego junto a mí, a mis pies... su calma respiración...

Fue tan grande la desolación al darme cuenta que ya era demasiado el tiempo invertido y menos que nula la ganancia, tan inmenso el arrepentimiento de haber dejado la estabilidad de una pega de un millón de pesos por haberme decidido a ser “un famosos escritor”, era tan infinita mi angustia al comprender que ya era imposible dar marcha atrás, fue tantísima la desesperación y la congoja que si la Ñau y la Guau no hubiesen estado junto a mí, yo... en serio, yo... yo me habría matado.

De eso estoy absolutamente seguro.

“¿Si yo no estoy, quién las comprenderá tanto como yo?”, me decía entre sollozos y entre lágrimas las miraba durmiendo, y entonces sonreía, tristemente eso sí, ultra triste estaba pero al verlas durmiendo tan profundamente sonreía y esa sonrisa al mirarlas me daba la seguridad de que al menos, esa noche, yo no me mataría.

Y pensando todas esas mierdas, y más encima recagao de hambre, me quedaba dormido...

Cáchate la ondita broder...

Durante aquel espantoso año pero siempre avanzando en mi primer libro, y casi sin darme cuenta, empecé también a escribir éste pues fui descubriendo que era la única forma de escapar a tan horrible realidad.

Prólogo Tercero

*“Sólo necesitas escribir la verdad
y no preocuparte del destino
que pueda tener tu obra”*

Carta de H. Hemingway a F. Scott Fitzgerald

En el departamento en el cuál me moría de hambre y me volvía loco escribiendo mi primera novela, y antes de cometer la barbaridad de renunciar a mi pega de un palo al mes para lograr mi sueño de ser un famoso escritor, en ese departamento, viví durante cinco años con una chica. Esa mujer, Amapola Amaranta, fue el amor de mi vida en aquella parte de mi vida. Éramos felices, o sea, lo fuimos al principio pero después ya no lo éramos, y aunque durante mucho tiempo nos autoengaños diciéndonos que seguíamos siendo felices, la chica ésta, al darse cuenta de mi inmadurez e irresponsabilidad, de mi descariño y constantes

borracheras, el que yo siempre estuviera buscando trabajo sin nunca encontrar ninguno y cuando conseguía uno me despedían a las dos semanas por llegar tarde o raja curao, al comprender la dama que los viajes dentro de Chile o al extranjero siempre funaban porque me gastaba yo solo las platas que juntábamos a medias haciendo mierda en trabajos miserables, al cachar que era ése mi estilo y que ya nunca cambiaría mi forma de ser, al entender todo eso, digo, la chiquilla se aburrió de estar con un tipo que además de todas esas mierdas vivía alucinando con ser un famoso escritor y que llegaba a aburrir dando la lata

sobre el tema pues hablaba a toda la gente y a cada rato que lograría ser un famoso escritor, pero sin jamás hacer nada en serio por lograrlo.

De todo eso, la mina se aburrió.

Ella se aburrió y yo y tú y cualquier persona medianamente inteligente, también se habría aburrido, ¿sí o no?

Cáchate esta: un domingo cualquiera, cuando llegué a medianoche a casa luego de tres días de parranda (Amapola estaba de cumpleaños ese fin de semana y habíamos quedado en celebrarlo el viernes por la noche, pero la tarde de ese viernes me puse a beber con un grupo de mochileras que conocí momentos antes; se suponía que me iría a casa al anochecer para celebrar el cumpleaños de Amaranta pero me enganché con una chiquilla mochilera y nos fuimos con el grupo a Valparaíso, y vasilamos allá todo el fin de semana), Amapola Amaranta no estaba. Ni ella ni su ropa ni su maleta.

(Después de estar todo el fin de semana haciéndonos pedazos con la mochilera, follando mientras nos decíamos sentir que habíamos nacido yo para ella y ella para mí, al mediodía del domingo de aquel fin de semana, desperté solo en la playa: la mochilera se había ido con mi semen en su interior, con mi billetera y con la infinita alegría de haber imaginado encontrar a mi alma gemela)

Luego de comprobar que ni Amapola ni sus ropas ni su maleta estaban, vi sobre la mesa del comedor un papelito apoyado en el florero azul que la adornaba: era el comprobante de un boleto de avión, pero el destino y el número de serie estaban borrados, así como si al papelito le hubiera caído aceite para cocinar.

No había nada que me diera alguna explicación de lo que había sucedido con Amapola, una nota o una carta o algo, no había nada más que el baucher del pasaje pero sabes, la verdad es que yo no necesitaba ninguna explicación pues conocía perfectamente la causa de su partida, y tú también la conoces: yo.

Te había contado que mientras escribía mi primera novela andaba recagao de hambre todo el día, y por no comer alucinaba weás. Ya, el asunto es que esas alucinaciones se empezaron a meter en mi pensamiento y me sumían más y más en la desesperación, y fueron aquellos desvaríos los que me llevaron a escribir esta Segunda Novela pues, como también te había dicho, así podía huir de una terrible existencia que además se iba contaminando con recuerdos que aparecían cada vez más seguido en mi mente, recuerdos que muy en el fondo de mi Ser no me esforzaba ni un poquito en alejar: las fiestas que

vasilamos Amapola y yo, nuestras conversaciones hasta el amanecer, los desayunos y almuerzos y onces y las cenas románticas que ella y yo nos preparábamos, los regalitos y las sorpresas que nos obsequiábamos, las muchas risas que reímos y las muchísimas películas y documentales que vimos, y las muchas gentes con las cuales compartimos etcétera.

Asimismo, leíste también que yo seguía viviendo en el departamento que durante cinco años compartí con Amapola... ¡weón, en casos como ése, no largarte “cuando todo termina” es uno de los peores errores que puedes cometer en tu *fakin* vida!

Mira, me caíste tan rebién que te voy a adelantar un poquito del tercer volumen de mi Segunda Novela: “El Sueño de Amapola”.

El sueño de Amapola siempre fue recorrer siempre el mundo; le daba lo mismo cómo: sola o acompañada, mochileando y viviendo el día a día o trabajando uno o dos meses y juntar dinero para no tener que andar viviendo el día a día, estafando o robando o postulando a becas o mediante couchsurfing o work and holydays, a Amaranta le daba lo mismo: la idea era viajar. Y por supuesto que muchas veces viajamos.

Mmmmmh... no.

En verdad no fueron muchos los viajes, y tampoco tan lejos: a la playa un par de veces, al campo otras tantas y sólo una vez salimos del país: la típica ruta Santiago, Arica directo, Tacna, Arequipa, Juliaca (¡¡Juliaca Juliaca Juliaca!!), el Cuzco, Machupichu y Wainapichu, Copacabana -no de Brasil sino de Bolivia-, Lago Titi Kaka, Isla del Sol e Isla de la Luna, Jujui, a Mendoza directo y a Santiago otra vez... pero todo en apenas tres semanas. Y aunque igual viajábamos, la realidad es que conmigo no concretaba su proyecto de vida.

Bueno, mi sueño también fue siempre el mismo de Amaranta, sólo que por aquellos días no sabía yo la manera de lograrlo, o sea, conocía el “qué”, pero no el “cómo”: intenté ser actor, pero actúo súper mal; me presenté a castings de humoristas para ser parte de un programa de standcomedy de la tele, pero soy muy fome; intenté grabar un disco como cantante amateur para presentarlo en alguna radio y aunque soy afinadito, en verdad no canto bien; fui fotógrafo en matrimonios y eventos corporativos y sociales pero no tenía los equipos profesionales necesarios para vivir de aquello pues, casi sin darme cuenta, me gastaba todas las platas que

ganaba gracias a dichos eventos sociales y corporativos.

Intenté todos esos caminos pues a diferencia de Amapola yo no deseaba viajar al tres y al cuatro: quería comer y dormir bien y no estar obligado a hacer dedo: ya había mochileado así y realmente esas aventuras son geniales, toda la gente debería vivirlas pero ahora quería comer rico y dormir bien y viajar cómodo y no estar obligado a conversar cuando te llevan al hacer dedo.

Y aunque no lo creas, a pesar de mi falta de talento o carencia de elementos materiales, siempre tenía un par de buenas ideas que de un modo u otro daban resultado, y si bien funcionaban mínimamente, igual conseguía algunas buenas platas y por eso mis fracasos nunca fueron taaaaan rotundos.

Pero el drama era siempre el mismo: mi desorden financiero, mi terquedad y el copete. Plata que ganaba me la gastaba carretiando o invitando a tomar y a carretiar y a comer a Amapola; ella me aconsejaba que ahorrarse

aunque fuera una ínfima parte de esas platas pero yo, como hombre que soy, no acababa nunca de madurar y por eso jamás tomé en cuenta sus consejos.

Durante esas intentonas mías, amistades que Amapola tenía en otros países o antiguos pololos que pretendían reconquistarla “con todos los gastos pagados”, mientras andaba yo fracaso tras fracaso, a Amaranta la invitaron cantidad de veces a viajar por Chile y por el mundo, pero ella siempre se negó.

Era absolutamente obvio que teniendo a su lado a un completo incompetente como yo, Amapola jamás podría hacer su sueño realidad; sin embargo, ella nunca dejó de apoyarme y me aconsejaba con la esperanza de que yo al fin reaccionara, hiciera las cosas bien y me comportara como el compañero que Amaranta necesitaba para complementar su proyecto de vida.

Pero yo no dejaba de hacer todo mal y ya mi ranciedad la había comenzado a contaminar pues Amapola, quien antes de conocerme siempre hacía todo como corresponde, empezó, a causa de mi mediocre influencia, también a hacer todo mal.

Cacha esta weá hermano: hasta un mes antes de su partida, la mina se la jugó para que lo nuestro resultase:

Unos tíos suyos que vivían en Australia, vinieron de visita a Chile. Conversando con ella le propusieron darle una carta de invitación y además un contrato de trabajo que le aseguraba una visa laboral por dos años, visa con la cual podría ejercer como profesora de español y con un sueldo en plata chilena de dos millones mensuales, dos putas palitos por trabajar sólo tres días a la semana desde las once de la mañana y hasta las tres de la tarde... Esos tíos estarían en Australia sólo un poco tiempo más, como dos meses, así que Amaranta debía decidir en ese momento.

----- Pero me tendría que ir con mi pololo -les dijo al tío y a la tía-.

----- ¡Ja ja ja! ¡Con ese borracho culiao!, NI CAGANDO! ¡Ja ja ja! -le dijo la tía-.

¡Pero catcha esta weá, comadre!

¡A pesar de mi infantil visión de la vida y de mi absurdo comportamiento, Amapola Amaranta, apostando hasta el último por lo nuestro, rechazó aquella inmensísima oportunidad!

¡¿Cachai la volaita, bro?!

¡Pensando en mí, en “lo nuestro”, les dijo a sus tíos QUE NO PODÍA ACEPTAR SU INVITACIÓN SI NO ME INCLUÍA A MÍ.

Inmerso en la imbecilidad de aferrarme a tan lejanas culpas y reproches y recuerdos que además eran sustento para deseos absolutamente irrealizables, y pensando idioteces en base a tales pensamientos, tonteras como imaginar la nueva vida que en algún lugar del mundo estaría viviendo Amapola, sumergido en esas imaginaciones que yo mismo creaba cada vez más a menudo, en el fondo me sentía tranquilo y amado por el recuerdo de una niña que ya ni siquiera recordaría que alguna vez me conoció.

Pero si ya habían pasado más de dos años desde que Amaranta se fue, dos años en los cuales jamás volví a saber absolutamente nada de ella, ¿por qué me torturaba pensando tamañas brutalidades?

Bueno, la respuesta es fácil: pensando en ella yo no estaba solo ni sumido en la miseria del inminente fracaso del proyecto de mi primera novela, pues “vivía” yo en una imaginaria existencia a su lado, al recordar una y otra y otra y otra vez los extremadamente lejanos momentos en los cuales fuimos felices... o al menos, creímos serlo.

Además, pensando en ella, quizá le transmitiera mis vibras y ella, de alguna manera, me recordaría o me imaginaría, o tal vez pensaría en mí...

Mira, ya cachaste que no soy un weón que habla mierdas, pero esto último que has leído sí son estupideces, eso de que ella se conectaba espiritualmente conmigo y pensaba en mí etcétera... y es que atrapado en aquel ínfimo departamento, sumido en el abandono y la miseria y sufriendo esa maldita hambre que no me dejaba en paz, aterido de frío y con mi esperanza de ser un famoso escritor transformada en arrepentimiento, los días y las noches me fueron abatiendo pues tomé conciencia del muy posible fracaso de mi

sueño literario... y para más recachas, a causa de tan caótica realidad, poco a poco, de verdad comenzaba a volverme loco, broder...

Bueno, eso ya te lo había mencionado.

Pero lo más trágico de “vivir” en base a recuerdos que creaban sentimientos autolastimosos, lo peor de aquello era que yo no hacía nada por evitar pensar en Amapola: más aún, lo propendía. Pero como dije, yo no quería dejar de sentir ni de pensar en Amaranta pues, hasta cierto punto, me tranquilizaba al entretenarme imaginando la vida que Amapola merecía: ser feliz recorriendo el planeta entero... luego de haberla pasado tan mal conmigo...

Yo no te digo que AHORA pienso esas mierdas, no no, por favor: sólo te cuento las barbaridades que en aquellos días andaba alucinando.

Y así, solo, desesperanzado y triste, hambreado y arrepentido y con tendencias suicidas, mientras terminaba de putoescribir mi primera novela en tanto comenzaba a escribir esta que estás leyendo, “resplandeció en lo más profundo de mi corazón” otra estúpida brutalidad:

Estar otra vez frente a Amapola, hablar con ella y decirle lo mucho que le agradecía el haberme aguantado tanto tiempo y que se la hubiese jugado para que lo nuestro resultara, y por haber creído en mí incluso cuando ni yo mismo lo hacía...

Pero por sobre todo y lo realmente importante, era darle las gracias por haber hecho parte de mi vida a la Ñau y a la Guau...

Desde el futuro que deseaba lograr miraría hacia el pasado y vería mi presente, éste que vivo mientras doy los últimos retoques al Prólogo Tercero, y “recordándome” desde mi anhelada existencia, a manera de corolario de toda aquella terrible aventura de haber apostado una vida tranquila y segura a cambio de un proyecto casi imposible, el primer gustito que me daría al comenzar a vivir mi vida siendo un famoso escritor, sería invitar a Amapola a unas “pequeñas vacaciones” en su vida de vacaciones perpetuas.

Luchando contra todo el Universo, yo, mi Guau y mi Ñau unimos nuestras Almas y cuerpos y espíritus y mentes para vencer al Universo, y aniquilarlo, y su estertor póstumo fue el hecho de haber conseguido, al fin, vender los putos derechos de nuestra fakin primera novela...

Una vez destruido el Universo, nos compraríamos entonces un todoterreno para recorrer Chile partiendo desde Santiago hacia el sur: haciendo zigzags conoceríamos cada pueblo y cada ciudad de Chile, hasta que se nos acabasen las ciudades y los pueblos para conocer.

Dejando el jeep en la firme tierra del subcontinente sudamericano, navegaríamos hasta la Antártida; luego, navegaríamos de regreso pero desembarcaríamos en la Patagonia argentina y nos compraríamos otro todoterreno (ya habríamos vendido el anterior) para continuar zigzagueando hacia el norte descubriendo toda Argentina y Bolivia y Subamérica entera por el lado del Atlántico; llegaríamos al Canal de Panamá y retornaríamos en el jeep recorriendo todos los lugares que están en el interior del continente, y también aquellos que miran hacia el Pacífico.

Siempre en zigzags llegaríamos nuevamente a Santiago de Chile, al Aeropuerto Internacional Arturo Merino Benítez, y miraríamos felices los pasajes

¡CON DESTINO A JAMAICA, HERMANA!

Hasta allí teníamos planificada la primera parte del viaje. Luego de Jamaica, únicamente nos quedaría por conocer el resto del planeta, hasta más allá de la antártica...

Pero como te dije, inmediatamente vendidos los derechos de mi primera novela y antes de comprarnos el jeep para comenzar nuestra interminable vida viajera, contrataríamos alguna agencia de detectives para ubicar a Amapola Amaranta; nos pondríamos en contacto con ella y la invitaríamos a conocer todo lo que le restaba por conocer del mundo sin que tuviese ella que preocuparse por nada más que disfrutar del viajecito, ni trabajar ni nada y sólo disfrutar de la compañía y comprensión de la Ñau, de la Guau y de quien éstas palabras escribe...

Por supuesto que le compraríamos el pasaje de venida y dejaríamos pagado también un boleto a su nombre con el destino y la fecha de uso abiertas, así ella podría utilizarlo si en algún momento se aburría de viajar con nosotr@s.

¡Ah!, pero que quede claro, por favor: la idea de esto era simplemente invitarla a viajar, sin ninguna otra intención más que hacernos compañía entre l@s cuatro durante otro pedacito de nuestra existencia (*“El plan era perfecto, estaba la raja: sólo faltaba realizarlo...”*).

¿Entonces, cuánto necesitaba para llevar a cabo mi proyecto? Un millón de pesos no me alcanzaría para nada, ni uno ni cinco ni veinte. Con al menos cincuenta millones ya podría hacer algo pero esas platas jamás, JAMÁS, **JAMÁS**, las podría juntar trabajando.

La única putamanera de conseguir tanto dinero sería realizando mi sueño de ser un famoso escritor... y contarte en tiempo real la aventura de convertirme en un famoso escritor y ver nuevamente a Amapola Amaranta, es el objetivo de mi Segunda Novela.

